

---

# VIAJE A LA ESPERANZA\*

---

Por: Helard Añamuro Chambi

Nunca pensé hallarlo tan pronto en ese estado, pues, se le sabía aún fuerte. Saboreaba la desventura, es cierto, pero el atisbo de lo inevitable, así, de repente, nos condujo a un estado impávido frente a la vida. ¿Y qué es la vida? ¿Acaso no son los recuerdos? Es eso, solo resta evocar mis recuerdos, y, ahondando las distancias con mi pensamiento, vienen hacia mí las estaciones más sentidas de mi vida junto a él.

Fue un hombre de sesenta años, de frente mezquina, de sinceros ojos negros y vigor mestizo; de sonrisa feliz que lo reveló como valiente; aunque con inconfesada e ignorada tristeza que acaso descubrí tardíamente. Aquel día iría a visitarlo; y en el camino resolvía en mis adentros sobre su enfermedad y mi intimidad con él. Nunca imaginé que, contrariamente, él saldría a mi encuentro, revelándome su mayor secreto.

Lo vi sentado en su cama, veía la ventana, y éste parecía consumirlo; nublarlo. Era fácil advertir su fatiga, flojedad y las

---

\* Cuento que obtuvo el Tercer lugar en el Quinto Concurso de Cuento Corto “Esperanza en la Verdad”; evento organizado por el Departamento de Humanidades, Teología y Filosofía de la Universidad Católica San Pablo (octubre, 2016).

grietas producidas en él por la enfermedad. El universo conspiraba contra el hombre y éste aceptaba con holgura la desdicha. Percibe mi llegada, me observa y sonrío con entereza. Pide que me acerque, y al hacerlo, descubro en su rostro una paz inefable, una actitud misteriosa, que no le conocía –porque, pese a estar enfermo, tenía un particular virtuosismo de gestos, palabras e inflexiones que lo hacían envidiablemente elocuente– luego, en voz baja, pregunta:

–¿Por qué me observas así, crees que no tengo esperanza?

–Claro que sí, siempre la hay –expresé, sin pensar en lo dicho–.

–¿Aún en mi estado? –insistió–. Un mutismo me asaltó.

–No lo sé, ocurre que, a veces, en la vida nada tiene sentido–. Respondí.

–Te digo, en verdad, que siempre hay razón de vivir –sentenció–.

La vida junto a él no sería otra que la infancia color canción, transcurrida entre sollozos y caricias; además, una juventud de rebeldías y revelaciones, como el desengaño, por ejemplo. Yo siempre lo respeté; lo admiraba. Era un tipo recto y candoroso. Como padre, no fue amigo de sus hijos; pues pensaba que la amistad se daba entre iguales, y el padre era hartamente distinto a un amigo; el padre, siendo de otra jerarquía, era aquel soporte emotivo de autoridad y rector de justicia hacia los hijos. Así hizo él.

–No puedo entenderte, ¿entonces, por qué niegas ver a tus hijos? –le cuestioné–.

Él sonrió de nuevo, y tocándose el rostro respondió:

–Es simple. Deseo estar en sus recuerdos del mejor modo.

–¿No eres egoísta, acaso? Es injusto que los hagas sufrir así –increpé–.

—No lo creo. Deseo que hallen, también, una esperanza.

—¡Pero qué dices! ¡No tiene sentido!

Confieso haber renegado de su actitud, de esa pasividad inerme frente a la vida. Siempre fue un idealista, y, todo aquél, siempre tiene una previsión del porvenir. No comprendía que afán lo atrapaba. ¿Por qué aislarse de quienes lo querían? Esa tarde me habló de ella, del pasado ausente que los unía. Siempre pensé que las creencias retrospectivas no son ideales sino, más bien, supersticiones. Es indudable que en el pasado existieron sucesos que nos marcaron, cuyo valor y significado son enteramente subjetivos. Pero no creía adecuado inferir que, por ello, todo lo pasado, por el hecho de serlo, debiese ser venerado. Veía en él un conformismo negativo que yo rechazaba. Era, en realidad, mi insensatez de no ver lo obvio.

—No pretendo agobiarte con una discusión sobre el ideal —continuó hablando—. Solo digo que, aun en mi estado, me aferro a mi verdad y mi esperanza.

—Pues, no veo cómo —cuestioné—.

—Se puede amar la verdad poseyendo muy poco. Créeme.

—¿Acaso no existe también la maldad o la venganza?

—Existe la maldad, pero, ¿no es necesaria para valorar la bondad? —respondió y demoró su mirar nuevamente en la ventana—.

Decido irme, y me despido prometiéndole regresar. Él me observa con ternura, como quien mira al niño abatido de temor. Cierto es que quien ama la verdad no la calla. El hombre digno preferirá morir una sola vez, llevándose consigo sus recuerdos. Innegable, asimismo, que en todos los tiempos y lugares, el que expresa su verdad con lealtad causa inquietud entre los que viven falazmente.

No supuse en volver prontamente. Al siguiente día acudo presuroso al mismo lugar, el corazón llamaba; como si hubiera sabido que en ese preciso instante la mayor desgracia hubiera de acontecer. Lo encuentro en su cama, sentado, y llevo mi mano a su frente; hallábase frío, las fuerzas lo habían abandonado al fin, y reconocerlo originó en mí un escalofrío que recorrió todo mi cuerpo. Abstraído por aceptar la realidad, doy cuenta de que había partido aferrado a un papel que tuvo entre sus manos. Era una carta sin fecha, y dirigida a mi madre:

“Te escribo desde tu propio regazo, enfermo, en nuestra cama vieja, sintiendo estos días agrios. Sobre la almohada, a mi lado, tibia yace mi último sueño. Después de tantos días de silencio sentí esta mañana el deseo de escribirte, hablarte sobre la vida; y quiero revivir, así, el suspiro que nació en nuestras madrugadas y revivir, también, nuestros besos. ¡Amor, cuánto deseo tus caricias! Las necesito aquí, ahora, la vida se aleja de mí esta vez, y reposa sosegada en esta cama. Cojo la carta que en aquél tiempo me diste y la leo como si te tuviera al frente mío. ¿Cuánto tiempo estuvo mi sueño suspendido en el tuyo? El amor, a veces, hace al hombre una pesada lágrima, pero otras lo eleva como ángel al cielo. ¡Cierto es que el tiempo ha sido custodio de nuestros recuerdos! Mi amor, ¡yo tampoco tengo miedo a la muerte! Pienso firmemente que la realidad existe en tus ojos, y voy camino hacia él; sé que aguardarás mi espera. ¿Podrás hallarme de nuevo? Ven pronto, te espero en nuestra cama vieja, que tiene de ti aquellos sueños cercanos, tus escritos lejanos. Aquí te espero, y mientras llegas empezaré a amar la esperanza hecha luz en tus ojos, verso en tu cuerpo y alba en tu recuerdo que me conduce al sueño eterno. Escribiéndote duermo, y al despertarme, juntos, viviremos lo que nos restó amar”.

Quise enjuagar mis lágrimas para que no estropearan su escrito. Era tarde, algunas se fundieron sobre el papel. ¿Cuánto tiempo pasó desde que la escribió? Fue ayer, antes de morir, ¿quizás? No podía creer tanto amor, tanta esperanza, cobijada en su cautiverio. Mi madre fue su amor de siempre, y yo, el hijo incrédulo, quien pide caer el cielo sobre él.